



LA LLAVECITA.

Hay una edad por la que todos los hombres hemos pasado; la niñez: hay otra edad por la cual no sabemos si hemos de pasar; la ancianidad. Así como todos los hombres han sido niños, no todos los niños llegarán á ser viejos, porque el hilo de la vida humana, más delgado y quebradizo de lo que parece, está en las manos del Padre Omnipotente de todo lo creado, y él lo corta cuando á sus altos designios conviene, sin atender á la edad de las criaturas.

Cuando paseis al lado de un pobre viejo, que encorbado por el peso de los años camine con paso tardo apoyándose en un baston, no digais, amados niños: —«Ese pobre anciano morirá antes que yo,» porque al decirlo correis el riesgo de engañaros, y tal vez aquel anciano, que arrastra los piés y siente temblar sus manos, verá pasar vuestro entierro cuando seais llevados al lugar del eterno descanso.

Lo mismo puede visitar la muerte al niño que al anciano. Yo conozco hombres, de edad tan avanzada, que recuerdo haberlos visto con armas cuan-

do yo iba á la escuela, y sin embargo viven todavía; y siendo yo jóven he visto nacer algunos niños, les he oido balbucear las primeras palabras, les he enseñado á rezar las primeras oraciones, y luego... luego, con los ojos humedecidos por el llanto, he seguido su triste féretro y he ido á sembrar flores sobre su sepultura.

Yo tengo una llavecita, mis queridos niños, que la guardo entre las cosas que mejor estimo, y cada vez que la veo me hace meditar muy seriamente, y en ocasiones hace acudir lágrimas á mis ojos. ¿Sabeis de qué puerta es esta llavecita? Os lo dire; á mis ojos es la llave de las puertas de la eternidad. Con esa llave se cerró una puerta que nunca más volverá á abrirse, y para que mejor lo comprendais, os diré que es la llave con que se cerró la caja que sirve de eterno lecho á un pobre niño que duerme bajo la yerba de un cementerio.

Un alma piadosa recogió aquella llave cuando se hubo cerrado el estrecho féretro del pobre niño, y despues que la tierra cayó con un ruido bronco

sobre las tablas de la caja y se rellenó la estrecha sepultura y sobre ella se puso una losa de piedra, entonces aquella alma piadosa vino á entregarme la llavecita, porque nadie debía guardarla sino aquel á quien habia pertenecido el tesoro que encerraba, perdido ya para el mundo.

Ahora comprendereis por qué conservo la llavecita como una cosa para mí de mucho precio; ahora creo que no os reireis si os digo que algunas veces la llevo á mis labios y la beso con tierno respeto cuando sé que nadie me mira.

No os reireis, no, porque teneis buen corazon, queridos niños; pero sin embargo, no estais en edad de poder apreciar lo que vale para un padre la memoria de un hijo, arrebatado en la niñez á sus caricias y á sus cuidados. Sabeis sin duda que vuestros padres os aman entrañablemente, y que se desvelan por atender á todas vuestras necesidades; pero no sois capaces de medir toda la extension de ese cariño, con el cual ninguno otro puede igualarse, ni podeis apreciar la inmensidad del dolor que vuestra muerte habia de causarles.

Es más todavía; estoy seguro de que la idea de la muerte no os asusta ni os entristece, porque no la comprendeis ni jamás habeis reflexionado en ella. Recuerdo muy bien que cuando yo era niño ni una sola vez me asaltó el pensamiento de que podia morir, ni comprendia el significado de esta palabra.

Y sin embargo, todo el que ha nacido debe morir más pronto ó más tarde, y de sus ojos desaparecerá todo lo que le rodea, y en sus oidos todo ruido se extinguirá, y caerá en un sueño profundo, del cual no despertará

hasta que la voz de su Criador le llame á juicio en el último dia del mundo.

Comparada con la eternidad, la vida del hombre, que nos parece tan larga, tanto que nunca hacemos cuenta de que se nos ha de concluir, es solamente un soplo ligero, es ménos que un instante, dura mucho ménos que la luz del relámpago al rasgar la nube. En cambio el sueño de la muerte es largo, muy largo, y puede decirse que no nace el hombre para disfrutar de la vida, sino para caer en el eterno sueño. Y sin embargo, ¿querreis creer, amados niños, que los hombres nos preocupamos tan seriamente de las cosas de la vida, como si hubiéramos de establecernos por largo tiempo en este mundo, en el cual sólo estamos de paso por un breve espacio, como el viajero que fatigado se sienta por algunos instantes en una piedra que encuentra en su camino, y luego se levanta y prosigue su viaje y no la vuelve á ver? ¿Qué le importa al viajero que aquella piedra sea áspera ó lisa, roja ó blanquecina, y que el paisaje que desde ella se abarque sea risueño y pintoresco, triste ó monótono, si apenas ha de tener tiempo para hacer estas observaciones? ¿Por qué hemos de preocuparnos con la idea de que la breve estancia que hemos de hacer en este mundo sea penosa y amarga, placentera ó dulce, alegre ó desabrida, si al fin no ha de ser más que un soplo imperceptible que se ha de pasar ántes de que nos hayamos apercebido de ello?

Estos y otros pensamientos parecidos suelen acudir á mi mente cuando, sumido en una triste melancolía, me detengo á mirar la llavecita que cerró las puertas de la eternidad á aquel pobre niño, pedazo de mi corazon, que

jugueteaba á mi lado ó me distraía con sus risas ó con sus gritos cuando me ponía á trabajar, ó me llamaba con aquel dulce nombre que siempre conmueve las fibras más sensibles del corazón de un padre. ¿Dónde está? me pregunto á veces: ¿por qué no viene á despertarme por las mañanas aquella voz argentina que todavía suena en mi oído? ¿Por qué al abrir los ojos soñolientos á la hora en que el sol inunda con su luz los cristales de mi balcon, no tropiezan mis miradas con aquel semblante angelical y risueño, y no brilla á los rayos del sol su cabellera dorada, aquella cabellera rizada, de la cual sólo conservo un mechoncito? El que siempre respondía á mi voz, ¿por qué calla cuando le llamo?

¡Ay! que una mañana, bien me acuerdo, le ví tendido sobre su lecho, con el rostro sonrosado, la boca entreabierta con la expresion de una dulce sonrisa, velados los ojos por sus largas pestañas; jamás parecía que hubiera disfrutado un sueño más tranquilo. Le habian vestido con su traje-cito más hermoso, habian peinado cuidadosamente sus cabellos rizos y dorados, y su linda cabeza descansaba sobre la almohada. Las lágrimas que se agolpaban á mis ojos apenas me dejaban verle. Le llamé como acostumbraba á llamarle, y por vez primera no me respondió: le llamé de nuevo, y ni siquiera abrió los ojos para mirarme con aquella dulce expresion con que siempre me miraba; puse los

dedos en sus mejillas suaves, y estaban frias.

Desde entónces yo no le he visto más, ni su delicada voz ha vuelto á sonar en mi oído, ni cuando vuelvo á mi casa sale á recibirme. Desde entónces sólo puedo mirar cuando de él me acuerdo esa llave pequeñita que le encerró para siempre.

Seria en vano que llegara á arrodillarme sobre su sepultura, y allí, pegando la boca en el suelo, le llamara á voces: allí está, y no me responderá, sin embargo; allí está, y no me oirá aunque grite; allí está, y no vendrán sus lindas manecitas á enjugar las lágrimas de mis ojos.

Y sin embargo, yo le conocí lleno de salud y de vida. ¡De vida! ¿qué es la vida, pues? La bocanada de humo que se desvanece en el aire. ¿Y hay todavía quien la aprecie y por ella se tome grandes cuidados y se preocupe de los sucesos prósperos ó adversos que en este mundo puedan sobrevenirle?

¡Qué ignorante insensatez! Lo único que debe preocuparnos, amados niños, es aquella vida sin término que hemos de encontrar del otro lado de la eternidad. Aquello es lo definitivo; para aquella vida nació el hombre; allí será en donde yo vuelva á encontrar el risueño semblante de aquel niño querido que encerrado dejaron bajo esta llavecita.

LUCRECIO.

LAS SIETE PALABRAS

MARÍA AL PIÉ DE LA CRUZ

Al cielo ofreciendo del mundo el rescate,
Con clavos sujetas las manos divinas,
Ciñendo sus sienes corona de espinas,
Se ostenta en los brazos del leño Jesús.

A diestra y siniestra dos viles ladrones
Reciben la pena que al crimen se debe;
Mas sólo en el Justo se ensaña la plebe,
Y está allí la Madre al pié de la Cruz!

La túnica sacra con grita sortean
En frente al suplicio los fieros sayones,
Y el pueblo inconstante con torpes baldones
Denuesta al que ha sido su gloria y salud;

Ya nadie recuerda sus hechos pasmosos,
Del bien — que hizo á todos — cada uno se olvida,
Celebran su muerte, calumnian su vida...
¡Y está allí la madre al pié de la Cruz!

«Si Dios es tu padre» — por mofa le dicen —
«Desciende y entonces tendremos creencia.»
Los oyé el Cordero con santa paciencia,
Y ya de sus ojos nublada la luz,
Los alza clamando: — ¡Perdónalos, Padre!
Lo que hacen ignoran, perdónalos pío. —
Con roncás blasfemias responde el gentío,
¡Y está allí la Madre al pié de la Cruz!

Sed tengo, — murmura la Víctima augusta;
Vinagre mezclado con hiel le presentan...
Sus labios divinos la esponja ensangrientan,
Y rie y se goza la vil multitud.

En tanto del Mártir se hiela la sangre
Cubriendo su frente con nublos espesos...
Le tiemblan las carnes, le crujen los huesos...
¡Y está allí la Madre al pié de la Cruz!

— ¡Mujer, ve tu hijo! — la dice, y señala
En Juan á la prole de Adán delincuente.
— Ahí tienes, oh hombre, tu Madre clemente! —
Mirando al Apóstol añade Jesús.

Tal es el legado que alcanzan los mismos
Que son de su muerte causantes insanos:
Les da para el cielo derechos de hermanos...
¡Y está allí la Madre al pié de la Cruz!

Mirando del Cristo la suma clemencia,
De aquel que á su diestra comparte el suplicio
Conmuévase el alma, que el gran sacrificio
Ya en él ejercita su inmensa virtud:

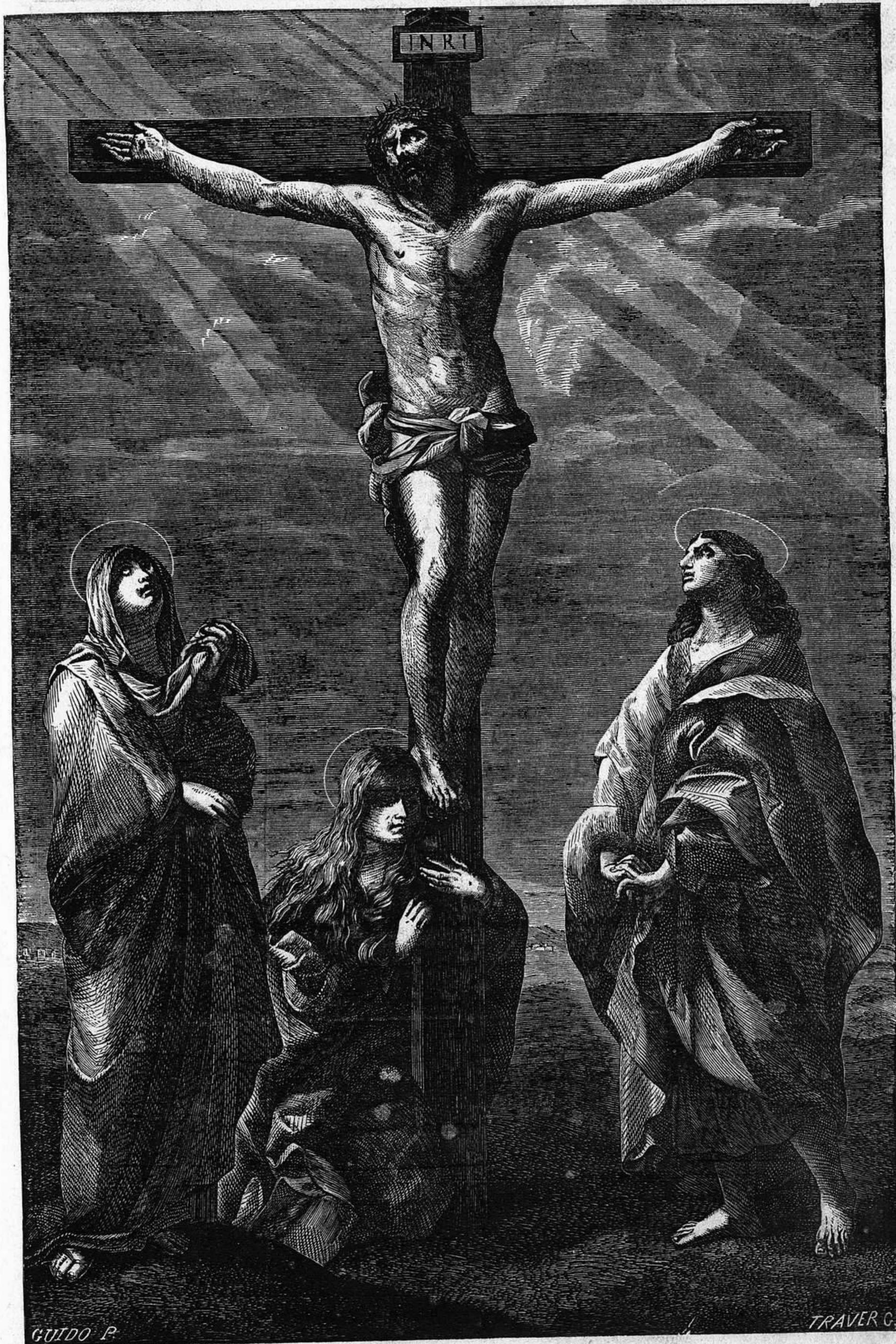
— «De mí no te olvides — le dice — en tu reino.»
Jesus premia al punto su fé meritoria;
— Conmigo — responde — serás en la gloria... —
¡Y está allí la Madre al pié de la Cruz!

Mas ¡ay! ya el instante se acerca supremo:
Ya el pecho amoroso con pena respira:
Inclínase el rostro que el ángel admira,
Y eleva la muerte su fiera segur.

— ¡Oh Padre divino! ¿por qué me abandonas?
La voz espirante pronuncia despacio:
Su queja doliente devora el espacio...
¡Y está allí la Madre al pié de la Cruz!

— ¡Todo es consumado! Mi espíritu ¡oh Padre!
Recibe en tus manos, — clamó el moribundo.
Retiemblan de pronto los ejes del mundo,
Los cielos se cubren de oscuro capuz,
Se parten las piedras, las tumbas se abren,
Sangriento un cadáver se ve suspendido...
¡De Adán el linaje ya está redimido!
¡Y aun queda la Madre al pié de la Cruz!

GERTRUDIS GOMEZ DE AVELLANEDA.



GUIDO P.

TRAVER C.

LAS ESTRELLAS ANIMADAS.

TRADUCCION DE J. ZÁRRAGA.

(CONTINUACION.)

XIV.

UNA COMIDA EN URANO.

Cuando llegaron á Urano, descendieron del vampiro y se encontraron sobre el pico de una montaña de hielo, lo que hizo exclamar á Pedro-Simon:

—Yo estoy helado, y por mí no estaría aquí ni un momento.

—Te olvidas de la comida.

—¡Ah, Jezab! Yo quiero mejor una manzana en Mercurio, que una comida en Urano.

—Mira en la direccion de mi dedo, dijo Jezab, y verás una hoguera, al rededor de la cual se ven los uranianos.

—¿Y qué significa aquel humo?

—Vas á verlo.

Y diciendo esto, Jezab cogió al niño del brazo, y le dió una sacudida tan violenta, que rodó desde lo alto de la montaña.

—¡Eh! dijo Jezab riéndose, ¿te gusta la manera de viajar de este país?

—Gracias, dijo el niño mirando si se habia resentido su traje con tan extraña locomocion.

Los uranianos, á la vista de dos hombres que llegaban hácia ellos de una manera tan pintoresca, huyeron en todas direcciones.

Jezab se reia á carcajadas y Pedro-Simon tenia miedo, porque creia que los habitantes de Urano volverian para vengarse.

Jezab le tranquilizó.

Comieron tranquilamente, y despues de la comida comenzaron á subir por

la montaña, aunque no tan rápidamente como habian bajado.

Cuando llegaron á la sima, encontraron al vampiro dormido en la nieve.

Jezab le despertó, y pocos momentos despues el vampiro se lanzaba á los aires con los dos amigos en direccion de Saturno.

XV.

JÚPITER Y SATURNO.

Saturno apareció bien pronto á los ojos de Pedro Simon.

Pocos momentos despues echaban pié á tierra.

Pedro Simon se puso de rodillas y oró.

Cuando acabó su plegaria, el génio le dijo;

—¿Quieres que te cuente la historia de Saturno y sus dos anillos?

—La oiré con mucho gusto.

—Escúchame: como tú ves, Saturno se halla colocadó á 331.592.000 leguas del Sol; su calor es igual sobre poco más ó ménos que el de la tierra.

Los dos anillos que tú ves están separados del planeta por una distancia de 9.000 leguas, y su revolucion al rededor de Saturno la hace en 10 horas, 29 minutos y 17 segundos.

Los anillos, lo mismo que el planeta, están poblados; la sola diferencia que hay entre los habitantes de Saturno y los de los anillos, es que los de Saturno son de una talla elevada, mien-

tras que los de los anillos son de una talla mediana.

Júpiter, ese magnífico planeta que ves brillar á algunas pulgadas de los anillos de Saturno, es 514 veces mayor que Saturno, lo que representa un volumen 1.414 veces mayor que la Tierra. Este planeta está distante del Sol 180 millones de leguas, y gira al rededor de él en 11 años y 315 días, lo que hace...

—Perdon, Jeozab, dijo el niño, que hablabais de Saturno, y le abandonais para hablar de Júpiter.

—Sí; pero yo te he prometido la historia de Saturno y de sus dos anillos. ¡Ah! ¿en qué estaba?

—Deciais que Júpiter...

—Sí: ya prosigo.

Un día Júpiter y Saturno se enfadaron y tuvieron una buena riña; Júpiter llegó al colmo de la cólera, y cogiendo con su poderosa mano uno de sus satélites, lo arrojó á la cabeza de Saturno.

Saturno, no pudiendo usar de las mismas armas, se vengaba con inventivas, que yo no puedo repetir por no tener significacion en la lengua española.

Júpiter cogió el mayor de sus satélites y le arrojó con tal fuerza, que pasó al lado del sol, poniéndose en infusión.

Saturno, al ver llegar el proyectil incendiario, opuso la masa de aire que pudo reunir, y el satélite chocó con tal violencia, que se alargó como las bolas de hierro enrojado sometidas al laminado.

Después de haber recorrido la órbita de Saturno, los dos extremos de este inmenso círculo se reunieron, y el resto del satélite continuó su curso, y de nuevo los dos extremos de este segun-

do círculo se unieron como los del primero; este fué el segundo y último anillo de este planeta.

Así, Pedro-Simon, es como se formaron los anillos de Saturno.

XVI.

CÉRES, LA BUENA ESTRELLA.

Jeozab y Pedro-Simon subieron en el vampiro, que partió, dejando tras sí á Saturno, y en pocos minutos llegaron á Céres, la estrella de las mieses, la estrella más fecunda que ha habido.

Nuestros viajeros echaron pié á tierra en un vergel.

—Este planeta, dijo Jeozab, que Piazzini, el célebre astrónomo italiano, descubrió el 1.º de Enero de 1700, dista del sol 96.186.000 leguas. Opera su revolucion al rededor de este astro en 1.681 días.

Veamos, continuó Jeozab; ya no nos quedan más que algunos instantes, ya veo al hermano que se prepara á tocar á levantarse.

—¿Qué decís, Jeozab?

—Que son las cinco menos cuarto en el reloj del Seminario.

—¡Ah! ¡Dios mío! y á las cinco se toca para levantarse.

—Entonces, no tienes disponible mas que un cuarto de hora.

—¿Y estamos lejos del Seminario?

—No: 90.567.837 leguas y media.

—¡Ah! ¿qué es lo que decís?

—La verdad, querido niño.

—Entonces, puesto que es tan tarde, no lo podremos ver todo.

—Ya te lo he dicho, Pedro-Simon, que para ver todos los planetas se necesitaria mucho tiempo; pero volvamos á la Tierra, y en el camino te diré algo sobre los más principales.

—Me habeis prometido enseñarme á Venus.

—Es verdad, pero cuando se ha visto á Saturno, á Mercurio, á Urano y á Céres, lo demás no vale nada.

Diciendo estas palabras, Jezab sacó su tabaquera y aspiró con delicia el resto de su tabaco.

Algunos minutos despues caminaban hácia la Tierra, que estaba amaneciendo.

—Pedro-Simon, decia Jezab; mira

allí á Palas, que se dá aire de duquesa. ¿Sabes que el sabio Olbers ha tenido una idea muy graciosa al darle el nombre de Palas?

Si yo fuera sabio, á uno le llamaria Galileo, á otros Copérnico, Cristóbal Colon ó Carlos V. La industria, las armas y las ciencias, estarian representadas por estrellas.

Pero... ¡paremos! ¡Adios, Palas, buen viaje!

(Se continuará.)

LA NIÑA Y LOS POLLUELOS.



Mientras no ven á Rosita están los animalitos tristes y silenciosos; pero apenas llega la niña, que todos los dias les distribuye grano y migas de pan, todos se animan y la festejan piando, y de todos los modos posibles le manifiestan su reconocimiento.

Desde la infancia se debe hacer el bien.

Esa niña, que ahora lo hace á los polluelos, andando el tiempo será una digna mujer, compasiva y amiga de los pobres.

LA HISTORIA DE ESPAÑA.

(CONTINUACION.)

XVII.

DOMINACION VISIGODA.

Sucedió á Sisebuto en el trono su hijo Recaredo II, jóven de pocos años, que solo reinó tres meses, pero su sucesor Suintila hizo olvidar pronto las bellas prendas del jóven príncipe, porque se habia distinguido durante el reinado de Sisebuto por su capacidad y su valor.

Providenció Suintila, al principio de su reinado, dice un antiguo historiador, acerca de la administracion de justicia; dispuso un reparto de auxilios para la clase menesterosa, mas le distrajo pronto de estos quehaceres pacíficos una sublevacion de los vascones. Dispuso Suintila que todos los gobernadores acudiesen con sus tropas á acorrallar á los vascones, cortandoles así la retirada, mientras él en persona los embistiese por el frente. Logróse colmadamente el intento, y los vascones viéndose así atajados por todas partes, le tributaron rendimiento. Contentóse el rey con recobrar cuanto habian apresado y precisarles á enviar cierto número de operarios para la construccion de un pueblo nuevo, el cual se apellidó Olojitis, hoy Olite, en Navarra.

Fué Suintila caritativo con los pobres y religioso en sus acciones; pero cometió el desacierto de delegar el gobierno del reino á su mujer Teodora y á su hermano Agila, que llevados de insaciable codicia, comenzaron á hacer sufrir al pueblo todo género de vejaciones. Enojáronse entónces los visigodos de la inercia de su rey; repre-

sentáronle que él, y no otros individuos de su familia, era quien debia mirar por los intereses de los pueblos, pues él era quien ceñia la corona. Suintila no quiso salir de su indiferentismo ó inercia, y el descontento se hizo cada vez más y más general, hasta que uno de los magnates, llamado Sisenando, buscó el apoyo de Dagoberto, rey de Francia, y le obligó á que bajase del trono. El príncipe Rechimiro, hijo de Suintila, intentó ser proclamado por rey, pero fué en valde, porque contando Sisenando con mas fuerza y mayores simpatias, fué nombrado monarca.

Sisenando creyó deber rodearse con el prestigio de las leyes para asegurarse en el trono. Así como ahora cada clase de gobierno pretende hacer una constitucion para creerse garantido y poder gobernar á su modo, entónces Sisenando no se creyó seguro en el trono hasta que convocó el cuarto Concilio Toledano, presidido por San Isidoro de Sevilla, con la asistencia de sesenta y nueve obispos. Sumamente político el nuevo monarca, no quiso presidirlo, sino que puesto de rodillas suplicó á los obispos arreglasen los asuntos del Estado, se esmerasen en ordenar las cosas de la Iglesia y asegurasen el bienestar de los vasallos. Entre las leyes que se establecieron se declaró al monarca anterior indigno del trono, se decretó que nadie podia ser rey á no ser reconocido como tal por los grandes, y se prohibió que se atentase contra la vida de los monarcas. Se recopilaron, en fin, las leyes de aquel reinado y las de sus antecesores,

incorporandolas en el Fuero Juzgo.

A pesar de que cuando falleció Sisenando vivia todavia el destronado Suintila, nadie se acordó de él ni él trató de conspirar tampoco para volver á ceñir la corona. Los godos eligieron á Chintila, en el año 636, y un nuevo Concilio proclamó una vez más que el trono no pertenecia á ninguna familia, fulminandose tremenda excomunion contra quien fuese osado á aspirar al sòlio antes de la eleccion. A pesar de todo, al morir Chintila se eligio á su hijo Tulga, que, como era un niño, servia poco para dirigir á los magnates de la nacion y á los obispos. Tantos fueron los abusos que por todas partes se cometieron, tales los desmanes de los gobernadores de las provincias, que se levantó una voz unánime contra la estremada juventud é impericia de Tulga; se reunieron los magnates, le hicieron bajar del trono, le vistieron de fraile y le metieron en un convento. Como los godos llevaban la cabellera muy larga y no podia reinar ni gobernar quien la tuviese rapada, se valieron de este ardid para apartar del trono al jovencito Tulga y nombrar en su lugar un varon ya experimentado.

Fué elegido en su lugar el anciano guerrero Chindasvinto, que, afable y piadoso, mereció el afecto de los pueblos. Asoció al trono á su hijo Recesvinto, y si bien no gustó este proceder á todos los grandes, se consintió que éste le heredase á su muerte para no sumir á la nacion en los horrores de una guerra civil. Celebró tambien Recesvinto Concilio, y en él, entre otras cosas, determinó que rigiesen unas mismas leyes para los godos y los españoles, permitiendo los matrimonios entre ambas castas.

Pero uno de los reinados mas nota-

bles de los visigodos, fué el de Vamba. Este hombre, tan prudente y desinteresado como sabio, fué elegido por rey despues de la muerte de Recesvinto, y sólo admitió la corona por fuerza, despues de muchas súplicas y lágrimas de los obispos y los magnates, cuando desenvainando un capitan la espada le amenazó atravesarle de parte a parte si se oponia. «¿Serás tan perverso, le dijo, que preferirás tu tranquilidad y tu reposo á hacer la felicidad de la patria? Sino consientes en aceptar la corona, te mataré al instante, pues cualquiera que rehusa contribuir al bien de la patria, debe ser considerado como enemigo.» Estas reflexiones decidieron á Vamba y aceptó la corona. Solo el gobernador Paulo se sublevó contra su autoridad; pero Vamba se dirigió con sus tropas hácia él; le atacó en Nimes, donde se defendia vigorosamente, y al fin le venció, y aún tuvo la grandeza de alma suficiente para perdonarle la vida, lo mismo que á sus secuaces. Quedó la nacion en completo sosiego, prosperaron las artes, continuaron celebrándose como hasta allí los Concilios, y el reinado de Vamba hubiera sido duradero y feliz á no haber ambicionado la corona Ervigio, que se valió de una alevosía para conseguirla. Hizo dar al rey un narcotico mientras estaba profundamente dormido, le mandó cortar la cabellera y vestirle de monje. Al despertarse Vamba y al contemplarse de aquel modo, consideró que ya no podía regir las riendas del estado, y en vez de llamar á las armas á sus amigos y parciales, tomó el partido de alejarse de palacio, y aún animó á todos para que aceptasen por rey al atrevido Ervigio.

FLORENCIO JANER.

AUTÓGRAFOS DE ESCRITORES CONTEMPORÁNEOS.

A Cristo en la Cruz.

Soneto.

Crucificado estas, y en faz serena,
 Oh tñ que gozo de las almas fuiste,
 Viendo a tus plantas a tu Madre triste
 Muda llorar con Juan y Magdalena.

Al comprender los ángeles tu pena,
 Negro, inmenso crespon el cielo viste;
 Y, presintiendo el fin de cuanto existe,
 La tierra treme, de terrores llena.

Si la salud tornabas al doliente,
 Si al ciego dabas luz y al muerto vida,
 Si eras de amor inagotable fuente,

¿Qué mano en tu costado abrió esa herida?
 ¡Oh buen Jesús! ¡Perdóname clemente!
 ¡Hanto sé que mi crimen fue' Deicida!

Antonio Arnao

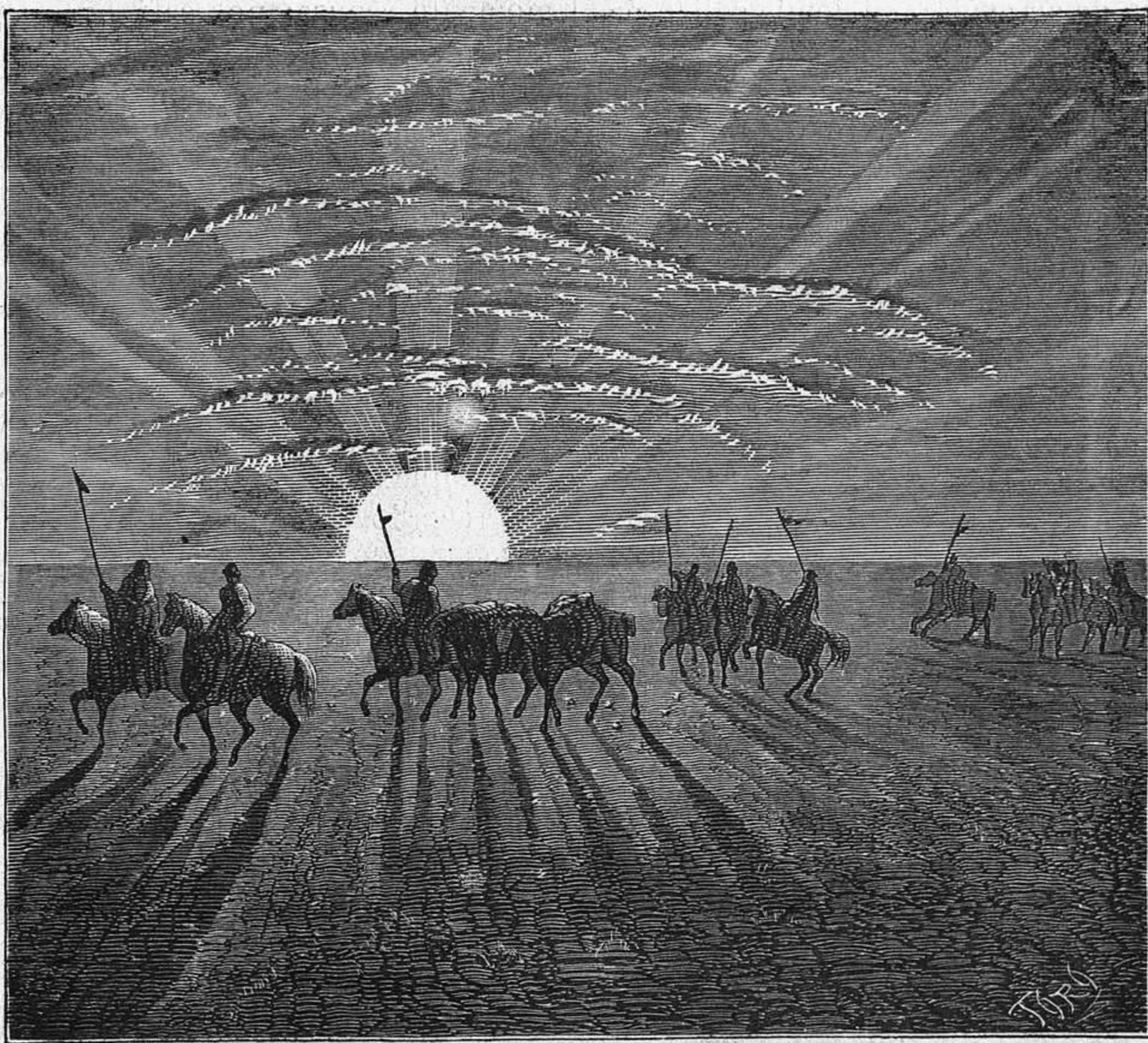
El soneto autógrafo que hoy publicamos pertenece á un escritor muy conocido ya de los habituales lectores de Los Niños. El señor Arnao es uno de nuestros más constantes colaboradores y las páginas de Los Niños se hon-

ran con sus composiciones religiosas, en cuyo difícil género de literatura el señor Arnao no tiene rival: *Himnos y quejas*; *Ecos del Taber*; *Melancolías*; sus poesías líricas; su drama *Don Rodrigo*; su novela en verso *El caudillo de los ciento*; su hermoso libro *La voz del*

creyente; su poema *La campaña de Africa*, merecían una gran recompensa, y la Academia española acaba de otorgársela recibiendo en su seno á nuestro colaborador.

Murcia, cuna de no pocos hombres ilustres, es la patria del señor Arnao.

EL DESIERTO.



UNA CARAVANA EN EL DESIERTO

EL PERRO ALADO.

CUENTO

DE MAD. GIRARDIN

II.

Al otro día á las cuatro de la mañana se hallaba Enrique levantado; tanta era la impaciencia que tenía por volver á ver á la princesa. Todo el mundo dormía aún cuando llegó al castillo de la hada, situado junto á una posesión de su madre, en donde solían pasar algunas temporadas.

Enrique, mientras esperaba que se levantara la princesa, empezó de nuevo á recorrer la pajarera y la perrera, indeciso entre si se decidiría por el perro ó por el pájaro.

—¡Qué bonito pájaro! ¡qué alas tan bonitas tiene! Decididamente, es un pájaro lo que quiero.

Pero al cabo de un momento decía:

—Pero casi es mejor un perro; le sigue á uno á todas partes y le hace fiestas, mientras que un pájaro no sirve más que para cantar dentro de una jaula.

Y bien mirado, pensaba al cabo de un instante, un perro lo tiene cualquiera, mientras que un pájaro como estos no lo tiene todo el mundo.

En esta incertidumbre le sorprendió la princesa.

—Y bien, Enrique, le dijo, ¿te has decidido ya?

—Sí, señora; lo que quiero es un pájaro.

—¡Cómo! ¿No prefieres mejor un perro? ¡Tengo uno que es muy inteligente!

—Entonces tomaré el perro; teneis razon, mejor es el perro.

La hada se echó á reir, y todo el tiempo que duró el almuerzo se estuvo entreteniendo con la indecision de Enrique.

Un criado se aproximó á Enrique, y le dijo:

—¿Qué quiere V. tomar, té ó café?

—Té, respondió en seguida, pero al momento repuso: no, café es lo que quiero... me gusta más el café... nunca lo tomo en casa... Sin embargo... el té... pero no... café.

El criado estaba inmóvil delante de Enrique mientras éste se decidía.

—Servidle té y café, dijo la princesa; se ha levantado á las cuatro de la mañana y debe tener mucha hambre.

Enrique se quedó sorprendido al ver que la princesa estaba enterada de la hora á que se habia levantado; entonces recordó tambien que la princesa le habia hablado de los dos premios que habia ganado en los exámenes sin que nadie la hubiera dicho una palabra.

—Se conoce que es adivina; es una princesa extraordinaria; pensó.

Despues del almuerzo la princesa se levantó con aire grave, y dirigiéndose á Enrique, le dijo:

—Sígueme.

Enrique se figuró que iba á pasar algo importante, cuando vió que en vez de hablarle cariñosamente como tenía por costumbre, le habia dicho: «Sígueme» con aire solemne.

La hada tenía en la mano una llavecita de marfil; la aproximó á la pared, y apesar de que no se veía cerra-

dura ninguna, se abrió una puerta en el mismo instante, no con poca sorpresa de Enrique.

Este siguió á la princesa por un largo y estrecho corredor, por el cual caminaron poco más de un cuarto de hora. La oscuridad era profunda; pero apesar de eso, no tenia Enrique ni el más pequeño temor. Por fin se oyó el ruido de una puerta que se abría, y se encontró en un magnífico pabellon chino situado á la orilla de un rio.

III.

El sol entraba por todas partes en aquel pabellon y hacia brillar los ricos colores de las espléndidas telas de seda que cubrian sus paredes.

Todo él se hallaba lleno de magníficos jarrones del Japon, cubiertos de flores y de arbustos que Enrique no habia visto jamás, ni aún en las estufas más famosas.

—¿No está aquí Norberto? dijo la princesa al entrar en el pabellon; quizás espera á que se le llame. Hacedme el obsequio de llamar, añadió, dirigiéndose á Enrique.

Pero éste miró á todos lados y no vió ninguna campanilla.

—Coged una de esas flores, continuó la hada, indicando á Enrique un grupo de campanillas blancas que caian graciosamente de las ramas de un hermoso arbusto, que el niño contemplaba con admiracion.

Enrique obedeció, pero al coger la flor sacudió el arbusto, y al mismo tiempo se produjo un ruido tan espantoso, que le hizo retroceder asustado.

La hada, al ver su terror, quiso tranquilizarle.

—Esta planta es desconocida aquí; es originaria de la China; se llama

el *Lirio de las campanillas*, á causa de esas flores que producen sonidos como una campana, de la cual tiene casi la forma; es una planta muy extraordinaria. No tengais miedo, acercaos.

Enrique se aproximó á la maravillosa planta, y la princesa se entretuvo en hacer sonar todas las flores, las unas despues de las otras. Las más grandes tenian un sonido terrible, como la campana de una catedral; las más pequeñas parecian la campana de un colegio, mientras que los capullos producian un sonido igual al de las campanillitas que llevan los corderitos.

La hada hizo notar á Enrique otras varias plantas tan extraordinarias como aquella. Una habia, entre otras, cuyas hojas eran ligeras y bien recortadas, y su flor, muy larga y roja, con dos pintitas negras que parecian dos ojos y se asemejaba mucho á un cangrejo.

No muy léjos habia otras plantas de sin igual belleza, las cuales causaban la admiracion de nuestro buen Enrique.

Este se entretuvo largo tiempo en ver todas aquellas maravillas sin reparar en un negrito que habia aparecido al ruido que habia producido la primera campanilla.

—Norberto, dijo la hada al negro, entregándole la llave de marfil de que se habia servido y la cual parecia que se adaptaba á toda clase de cerraduras; ve, abre la caja de oro y tráeme al perro alado.

Estas palabras resonaron en los oídos de Enrique, á pesar del ruido de las campanillas que llamaba su atencion.

—¡El perro alado! repitió lleno de sorpresa.

(Se continuará)

LA NIETA Y EL ABUELITO.



El pobre abuelito no tiene ya otra alegría que su nietecita. Esta lo sabe y siempre está con su abuelito, acariciándole y demostrándole su amor y su gratitud, porque si ella prefiriera irse á jugar con otras niñas y dejase solo al viejo, éste se moriría de pena.